



MI PARROQUIA

Hoja Dominical de SANTIAGO de Cáceres

El Ilmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Dionisio Moreno Barrio, Obispo de Coria, concede 50 días de indulgencia a todos y cada uno de los lectores de esta hoja parroquial.

Domingo XVIII después de Pentecostés

La Epístola está tomada de la carta de San Pablo a los Corintios (1.^a, I, 4-8.)

Hermanos: Continuamente estoy dando gracias a Dios por vosotros, por la gracia de Dios que se os ha dado en Jesucristo; porque en El habéis sido enriquecidos en toda suerte de bienes espirituales, con todo lo que pertenece a los dones de la palabra y de la ciencia; puesto que se ha consolidado en vosotros el testimonio de Cristo; de manera que nada os falte de ninguna gracia, a vosotros que estáis esperando la manifestación de Jesucristo nuestro Señor, el cual os confortará todavía hasta el fin, para que seáis hallados irreprochables en el día del advenimiento de Jesucristo Señor nuestro.

COMENTARIO

El Apóstol dirigiéndose a los fieles de Corinto y diciéndoles que da gracias al Señor por los dones y beneficios que les había hecho, les enseña y en ellos a todos los cristianos a la gratitud para con Dios.

Sin la gracia que se nos da por los méritos de Cristo ¿qué podríamos hacer en orden a nuestra salvación?

Ni siquiera un pensamiento bueno podemos tener en el orden sobrenatural sin la gracia de Dios; que como en otro lugar se dice, antecede, acompaña y sigue a las buenas obras.

Por la gracia de Dios soy lo que soy decía en otra carta y al ver la flaqueza de su espíritu combatido por las re-

beldías de la carne, confiaba no obstante en vencerlas por la gracia de Dios.

No hay tesoro que con ella puede compararse y bien puede decirse que se os abre las puertas del cielo.

Pero si a Dios debemos gratitud por una sola gracia, cómo será la vocación a la fe, eligiéndonos entre multitud de hombres que están sentados en las tinieblas de muerte de la infidelidad, aún crece más esta obligación si consideramos la multitud de gracia con que diariamente somos favorecidos? ¡Cuántas inspiraciones para el bien! ¡cuántos remordimientos por salir del pecado! ¡Cuántas advertencias unas veces por los predicadores, por los libros de piedad, por los consejos de almas buenas, por sus ejemplos y aun por la misma voz de las desgracias, y contratiempos de la vida! No riegan las aguas del cielo con más abundancia que riega el Señor con la gracia ciertas almas.

El don de la perseverancia que el Apóstol les promete que les concederá el Señor para que nada halle Jesucristo que reprender en ellos en el día de su venida. ¿Que es sino un don singular que debiera obligarnos a ofrecer al Señor todas nuestras obras, palabras y pensamientos?

Sin embargo, acostumbrados a estos beneficios espirituales, como a los del orden natural que por recibirlos diariamente apenas reparamos en ellos, tampoco los agradecemos ni estimamos como merecen y muchos hay que

ni los conocen ni han pensado en ellos.

Como el Apóstol, pues, a los de Corinto debemos nosotros agradecer al Señor no sólo vuestras gracias, sino las de nuestros hermanos, que dejan incumplida una obligación tan sagrada.

Exposición del Catecismo de S. Pío V

(Conclusión)

Semejante es el reino de los cielos, dice Nuestro Señor Jesucristo refiriéndose a la Iglesia, que había de fundar, a una red barreadera que echada en el mar allega todo género de peces, y en estando llena, sácanla los pescadores, y sentados en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del mundo, saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos... Al fin del mundo, pero entre tanto estarán mezclados los buenos con los malos en esta red barreadera que Cristo Jesús echó en el mar de este mundo aprisionando entre sus mallas salvadoras a hombres de diferentes pueblos y razas, de los que no todos sabrían aprovecharse agradecidos de la salvación, que se les ofrecía. Y en la misma idea abundan las enseñanzas, que el Divino Maestro hizo a sus discípulos y nos hace a nosotros por medio de su Evangelio, en la parábola del campo, en el que fué sembrada la cizaña, que no permitió el padre de familias, fuera al punto arrancada sino que ordenó la dejaran crecer juntamente con el trigo hasta el tiempo de la siega, que, según explicación del mismo Jesucristo, es el fin del mundo. Y lo mismo nos dice la parábola de las diez vírgenes, todas

vírgenes, pero cinco necias y cinco prudentes, que están juntas hasta que llega el esposo, a quien llegan a tiempo a recibir las prudentes y no llegan a recibir las descuidadas, en aquel momento preciso, de día y hora desconocidos. Y ya su precursor Juan el Bautista, que con mirada profética veía los designios de Aquel, a quien anunciaba, había dicho de El, que tenía en sus manos el biello; y que limpiaría perfectamente su era, metiendo su trigo en el granero y quemando la paja en fuego inextinguible.

Y figura antiquísima de esta Iglesia militante, a la que pertencen buenos y malos, fué el arca de Noé, donde se encerraron no solo animales limpios, sino también inmundos. Todo lo cual patentiza el empeño decidido del mismo Dios de hacer ver a los hombres que su reino en este mundo lejos de establecerse en lugares recónditos había de colocarse hasta sobre las alturas de las aguas que habían de elevarse quince codos sobre los montes más altos, y que el mismo oleaje alborotado de las persecuciones, en vez de sumergirla haciéndola desaparecer de la vista de los hombres, la servirían de gigantesco pedestal, sobre el que había de dominar los horizontes todos.

Tres clases de hombres únicamente están fuera de la Iglesia militante. «Primeramente los gentiles porque nunca estuvieron en la Iglesia, ni jamás la conocieron ni participaron de sacramento alguno en unión con el pueblo cristiano». En segundo lugar los herejes y cismáticos, «porque se separaron de la Iglesia, los cuales pueden muy bien ser comparados en sus relaciones con ella, con los desertores respecto del ejército, del que renegaron. Mas no se

ha de negar que estos tales están bajo la potestad eclesiástica; como que ésta los procesa, castiga y anatematiza». Y por último los excomulgados, porque estando excluidos de la Iglesia por sentencia de la misma, no pertenecen a su comunión hasta que se corrijan.

Deberes de los hijos para con sus padres

Ejemplo.—Carlos III, trabajando un día en su despacho, llamó a su servidumbre y nadie acudió; salió entonces a la antecámara y encontró a un paje dormido sobre un diván con tan profundo sueño, que le causó hasta envidia.

No quiso el Rey despertarlo; pero movido de curiosidad, tomó un papel que le salía a punto de caerse, del bolsillo del chaleco; lo abrió y decía así:

«Querido hijo mío: Desde que por influjo de ese gran señor estás en Palacio y me vienes socorriendo con la parte de propinas que te corresponden, tus dos hermanas y yo hemos salido de la espantosa miseria en que nos dejaste, y tenemos pan que comer. ¡Ah hijo mío! Yo te doy gracias por la bondad de tu corazón y te bendigo como el más amante de los hijos. Tu madre.»

El Rey leyó esta carta y se enterneció. Tomó algunos doblones, los colocó con mucho cuidado en el bolsillo del chaleco del paje, y se retiró. Luego que se repuso de la emoción, llamó tan fuerte que el criado despertó.

—¿Dormías?—dijo el Rey con dulzura.

—¡Señor, señor, perdón!

—No temas—continuó diciendo el Rey.

—Señor, no he podido resistir al sueño.

El Rey se rió, y haciendo como que miraba al chaleco del paje dijo:

—¡Hola! ¿qué llevas en el chaleco?

El joven llevó a él la mano, sacó el dinero, lo miró con asombro, y fijando en el Rey sus ojos espantados, dijo asustado:

—Señor, debe haber alguno que me quiere perder: este dinero no es mío ni sé cómo ha venido a mi bolsillo: os lo juro, señor, soy inocente.

¿Y quién crees tú que pueda pensar en perderte? ¿No tienes una madre que necesita dinero para alimentar a sus hijos? ¿Por qué no ha de ser Dios quien te envía ese dinero, no para perderte, sino para socorrerla?

El joven cayó de rodillas, comprendiéndolo todo y exclamando:

—¡Cracias, señor!...

—Oye—le dijo Carlos III:—la mano de Dios para hacer bien se vale de cualquier instrumento; cualquiera que éste sea, siempre el impulso, la acción, es de Dios.

Envía este dinero a tu madre y dile que yo cuido de ella, de tus hermanas y de tí.

Doctrina.—Son los padres para con sus hijos el instrumento de la Providencia de Dios. Por medio de ellos les ha concedido la vida, les ha procurado el alimento, la educación y otros muchos bienes. Y este a costa de grandes sacrificios. Por lo cual se dice en el libro del Eclesiástico. «Hijo, sé el apoyo de la ancianidad de tu padre (III 14) y no te olvides de los gemidos de tu madre. Acuérdate de que a no ser por ellos no habrías nacido y corresponde con gratitud a los beneficios» (VII-29). Deben pues los hijos profesar a sus padres un amor sincero, que no sólo se halle en el fondo del corazón, sino que se manifieste en las palabras y en las obras. Si están atribulados deben consolarlos, si enfermos deben asistirlos, si necesitados deben socorrerlos, deben procurar que reciban los últimos Sacramentos; orar por ellos en la vida y ofrecer sufragios por su alma después de muertos. Que el amor nunca ha de extinguirse.

Cultos de la semana

Hoy, domingo, las Misas rezadas a las siete y media y ocho, y a las nueve la parroquial. Por la tarde a las seis el ejercicio con Rosario, catequesis de adultos y bendición con el Santísimo.

En los demás días las Misas a las siete y media, ocho y ocho y media, y por la tarde el ejercicio a las siete y media con Rosario, meditación y bendición con el Santísimo.

El jueves la comunión de los coros eucarísticos en las tres Misas, y por la tarde a las siete y media la Hora Santa.

El viernes, las Misas a las mismas horas en la capilla de Jesús, y por la tarde el ejercicio del viernes a la hora de los demás días con Rosario, Vía-Crucis, plática, miserere y exposición.

El sábado, la salutación a la Santísima Virgen de Guadalupe, a las siete y media.

¡GOLONDRINAS!...

Dicen que unas golondrinas volando sobre el Calvario aquella tarde tan triste de aquel primer Viernes Santo, de la divina cabeza de Jesús crucificado ensangrentadas espinas con sus piquitos sacaron. No sé si será verdad, pero así me lo han contado, y así lo siente mi alma cuando en torno del Sagrario, mensajeras de la vida,

las Marías van llegando para quitar las espinas que con dolor inhumano taladrán el Corazón de Jesús Sacramentado.

.....
 Marías, os parecéis a esas golondrinas tanto como se parecen hoy al Calvario los Sagrarios. En aquél, como hoy en éstos, Jesús está abandonado y sufriendo sacrilegios de enemigos inhumanos, mientras Él, muerto de amores y abriendo al hombre los brazos, entrega su Corazón a los que están maltratándolo. Si hubieran podido aquellas otras Marías de antaño hacer cual las golondrinas esas que a mí me han contado ¿verdad que lo hubieran hecho? y lo harían de contado en espíritu; en deseo, con su compañía y sus llantos. Volad vosotras cual ellas al divino Inmaculado, y con vuestras compañías y con vuestros desagravios al Divino Corazón espinas le iréis quitando.

.....
 Sed siempre reparadores ofrecoos, inmoláos, sed esperanza y consuelo de Jesús Sacramentado, y seréis... ¡las golondrinas de los Sagrarios Calvarios!

JOSÉ CALDERÓN CASANOVA.

Cáceres.—Tipografía «Extremadura».